

okamoto kidô

HANSHICHI

UN DETECTIVE EN EL JAPÓN DE LOS SAMURÁIS



Las historias del detective Hanshichi, personaje inspirado en Sherlock Holmes, se desarrollan entre 1840 y 1860, una época en la que tradición y superstición van de la mano y son el verdadero enemigo del racional y poco ortodoxo Hanshichi.

El lector asistirá fascinado a una vibrante y colorista descripción de la ciudad de Edo, se colará en las mansiones de los samuráis que sirven al *shōgun*, en los baños públicos, en las modestas *nagaya* o casas de vecinos, pasando por innumerables talleres artesanos y modestos restaurantes en los que reponer fuerzas comiendo fideos *soba* o anguila asada. Un apasionante recorrido por la futura ciudad de Tokio, desde sus barrios más opulentos y respetables a aquellos más humildes, habitados por personajes del hampa.

Escrita con una sutil ironía y gran sentido del humor, Okamoto Kidō consigue que el lector disfrute con los casos del astuto inspector, trasladándolo a un período exótico incluso para los japoneses. Una era plagada de aparecidos, de hechizos de zorros, de criaturas *kappa* y de fantasmas. Misterios a los que el detective se enfrentará, armado únicamente con su ingenio y sus hábiles e incisivos interrogatorios.

NOTAS SOBRE LA PRONUNCIACIÓN

Para los nombres en japonés se ha respetado el orden habitual en Japón, colocando el apellido en primer lugar y el nombre propio a continuación.

Aunque existan ya palabras aceptadas por la RAE, hemos preferido escribir *shōgun*, tal como se escribiría según el sonido en japonés; *shintoísmo*; *samurai* (sin acento) y, en el plural, *samurais*.

Cuando hay una palabra con la letra en «o» en «u» alargada, se representa; *ō, ū*.

La hache es aspirada.

La jota suena como en inglés.

La erre siempre tiene un sonido suave, como sucede en español cuando está en medio de la palabra.

El sonido «sh» es muy similar al del inglés.

El sonido de la zeta, como en inglés.

Ge, gi, se pronuncian como en español en guerra, guión.

El sonido «ts» precediendo a las vocales no tiene equivalente en español; la «t» forma diptongo con la «s» y la «u».

La consonante «y», precediendo a una vocal, se pronuncia como si fuera «i» latina: *ia, io, iu*, para *ya, yo, yu*.

AGRADECIMIENTOS

En este libro han colaborado varias personas a las que deseamos expresar nuestro agradecimiento.

A Margarita Rodríguez del Alisal por su entusiasmo sincero por Hanshichi y sus aventuras, así como por su eficiente ayuda en la documentación histórica utilizada y en la edición final de este libro.

A Laura del Alisal y a Mari Hashimoto, por sus acertados comentarios y sugerencias en las narraciones *La celebración por el paso de la montaña* y *El fantasma de Ofumi*, respectivamente.

A Clara Míe Cánovas, por su colaboración y su apoyo a lo largo de todo el proceso de traducción y por sus reflexiones tan útiles sobre expresiones populares japonesas en relación con el español.

De los posibles errores que pudiera haber, nos hacemos totalmente responsables.

ECOS NOSTÁLGICOS DEL JAPÓN FEUDAL

UN DETECTIVE ENTRE FANTASMAS, GEISHAS Y SAMURAI

El lector tiene en sus manos la primera traducción realizada en español de las aventuras del famoso detective Hanshichi, obra del escritor Okamoto Kidō (1872-1939). Entre ellas, la titulada *El caso del halcón desaparecido*, no tenía hasta ahora traducción ni siquiera en inglés.

UN ESCRITOR ENTRE DOS PERÍODOS HISTÓ- RICOS MUY DIFERENTES

El autor era hijo de un samurai de bajo rango, Kidō Keinosuke, quien apoyó en su momento al shōgun Tokugawa frente a aquellos que rechazaban pactar con Estados Unidos, oponiéndose a la apertura de su país a las relaciones con el extranjero. Una vez derrotadas las fuerzas gubernamentales e instaurado el nuevo sistema político que colocaba al emperador como máxima figura, le fueron confiscadas sus posesiones, tuvo que abandonar su antigua ocupación de samurai y se estableció en Yokohama, donde fue admitido como empleado en la Embajada Británica. Su hijo, al que llamó Keiji, nació el día 15 del décimo mes de 1872; en Edo, al igual que su personaje Hanshichi.

En ese entorno, el escritor estudió desde niño el idioma inglés, llegando a dominarlo perfectamente. Cuando era un adolescente de 14 años decidió dedicarse en el futuro a es-

cribir obras de teatro Kabuki, pero se vio obligado a abandonar los estudios a los 17, debido a la súbita ruina de su padre, quien tuvo que responder por un amigo al que había avalado y que dejó un sinfín de deudas. Por este motivo, a los 18 años de edad el joven Kidō entró de aprendiz en un periódico. De esta manera, comenzó su aprendizaje en la profesión, llegando a ser periodista más tarde. Entre 1894 y 1895, durante la guerra chino-japonesa, estuvo ejerciendo como corresponsal en China. Sin embargo, de vuelta a Japón, su principal ocupación en el periódico fue escribir las reseñas de teatro así como narraciones cortas, adaptadas de la literatura occidental, además de obras para la escena que, en un principio, no se representaban. En 1909 adquirió cierta fama con la publicación de una obra de Kabuki llamada *Shuzenji Monogatari*, puesta en escena en 1911. Este éxito resultó muy positivo para su carrera literaria y, a partir de entonces, su producción aumentó escribiendo narraciones y artículos, además de las obras teatrales, que tanto le gustaban. Una de sus características principales era la incorporación de elementos del llamado *shingeki* (nueva forma de teatro), dentro del estilo tradicional de Kabuki.

La serie dedicada al detective Hanshichi se publicó por entregas en revistas a lo largo de una época muy prolongada: desde su aparición en 1916, hasta 1939. Curiosamente y a pesar de su vasta creación teatral, Okamoto Kidō es más conocido por estos relatos sobre el famoso sabueso de Edo. El autor hizo una adaptación para el Kabuki en 1926, representada en su papel protagonista por el famoso actor de Onoe Kikugorō VI (1885-1949). Modernamente sería adaptada también al cine, a los dibujos animados y a la televisión, siempre con gran éxito, que aún continúa en la actualidad.

Okamoto Kidō tenía 44 años cuando se publicó *El fantasma de Ofumi*, la primera narración que aparece en este libro. Por tanto, ya disfrutaba entonces de un prestigio co-

mo periodista y era un escritor de Kabuki con éxito reconocido. Varias de sus obras teatrales habían sido traducidas al inglés y a otros idiomas occidentales. Llegado ya a este punto, el escritor abandonó su carrera periodística y se dedicó solo a su creación literaria.

EL DETECTIVE Y SU CIUDAD

Resulta imposible separar al detective creado por Okamoto de la ciudad donde se desarrollan sus aventuras. Porque Hanshichi es un verdadero hijo de Edo, un *edokko*.

La villa, cuyo nombre significa *Puerta de ríos*, existía desde 1180, aunque realmente cobró importancia a partir del siglo XVII, y fue renombrada en 1867, cuando se convirtió en la capital de Japón. Se encuentra situada en la parte oriental de Honshū, la isla principal del archipiélago nipón, y se formó como una ciudad-castillo (*jōka machi*) a partir de finales del siglo XVI y, a partir de entonces, se desarrolló como un importante centro administrativo. Desde el año 1603 fue la sede del gobierno Tokugawa. Su situación privilegiada, los ríos que la atravesaban (especialmente el Sumida) y la navegabilidad de varios de ellos, favoreció que se convirtiese en un punto estratégico de comunicaciones, envío y recogida de mercancías.

Entre los siglos XVIII y XIX, mientras la capital seguía siendo Kioto, Edo tenía su población dividida entre samurais, por un lado, y comerciantes y artesanos, por otro. En los alrededores y en muchos lugares de los suburbios, se seguían cultivando los campos. Era, además, la ciudad donde residía el shōgun y los samurais funcionarios a su servicio, así como las familias de los señores feudales de provincias que debían permanecer en Edo, casi como rehenes, mientras aquellos se ocupaban de sus territorios en las provincias hasta que les tocaba regresar a la ciudad de nuevo. Este sistema, que obligaba a los daimyō a trasladarse periódicamente

camente al centro administrativo ocupado por el shōgun, y el hecho de que residieran allí siempre sus familias, atrajo mucha emigración a la ciudad que, poco a poco, fue aumentando su población de manera sorprendente, por lo que, a finales de la Era Edo, tenía ya un millón de habitantes. En la segunda mitad de la misma época, la villa se extendía a lo largo de unos veintitrés kilómetros cuadrados y se había dividido en tres distritos administrativos: la zona residencial de los samurais; la zona en la que residían las clases populares, entre comerciantes y artesanos, y la que estaba formada por los templos y santuarios en la periferia. El castillo de Edo constituía el núcleo central de los territorios asignados a los daimyō y a los vasallos directos del shōgun para sus residencias: una zona que constituía casi dos tercios del total de la villa.

Los distritos ocupados por comerciantes y artesanos (unos 1700 *chō*, o barriadas), la mayor parte identificadas con una determinada profesión o un producto, se hallaban situadas a lo largo de la bahía, extendiéndose paralelamente a los ríos y a los caminos que partían de Nihonbashi, en forma radial. Tanto Shinagawa, como Shinjuku y Senjū eran poblaciones situadas en los alrededores de Edo, que disponían de estación con parada de posta, lugares de recreo y diversión, alojamientos e instalaciones para los viajeros. Junto a Shinagawa se encontraba también el campo de ejecución, llamado Suzugamori, mencionado en las narraciones de este libro.

En tiempos del escritor, ya se llamaba Tokio y era la capital de Japón, pero el detective Hanshichi refiere sus aventuras sucedidas en el pasado, antes del cambio de denominación y cuando la presencia extranjera era casi inexistente. A menudo se lamenta del cambio de costumbres, de la incongruencia de haber adoptado el calendario occidental en detrimento del antiguo calendario solar, con lo que ni el verano es lo que era en el mes habitual, ni las fiestas se celebraban ya en las fechas tradicionales.

Las descripciones que se hacen acerca de lugares de Edo son extraordinariamente fieles y detalladas. Okamoto Kidō no había conocido muchos de los sitios que describía en sus narraciones, pues el paisaje de la ciudad cambió drásticamente a poco del advenimiento del gobierno de Meiji, pero existían suficientes planos y mapas de la ciudad que permitían conocer la configuración de la villa en la fase final del gobierno Tokugawa y en los primeros años de la nueva era.

LA INSPIRACIÓN DE SHERLOCK HOLMES

Es indudable que el escritor se inspiró en Conan Doyle y en su detective Sherlock Holmes. Al final de la primera narración, el joven confidente que ha escuchado la experiencia del detective, comenta:

«Hay muchas más aventuras que asombrarían sin duda a cualquiera, ya que era una especie de Sherlock Holmes de la Era Edo».

El propio Okamoto, en un escrito titulado *Hanshichi no omoide*, refiere que en el mes de abril de 1916, leyó por casualidad una novela de Conan Doyle y se sintió muy atraído por su personaje Sherlock Holmes. Tanto, que se dirigió a la librería Maruzen, dedicada a la literatura extranjera, y allí adquirió varias novelas del famoso detective inglés. Un mes más tarde, decidió crear algo propio, teniendo como protagonista un detective. Comenta que, paralelamente, un amigo del *Bungei Kurabu*, el Círculo de Literatura de Japón, le sugirió que escribiese una serie de detectives, pero ambos estuvieron de acuerdo en que era muy importante no caer en la imitación de Europa o Estados Unidos, por lo que, al mismo tiempo que se describían las aventuras de un detective japonés, aquellas tenían que desarrollarse en medio de las tradiciones y de las características más curiosas de la cultura japonesa; algo que resultase

atractivo e interesante para las nuevas generaciones que no habían vivido la cultura de Edo ni la sociedad de los Tokugawa.

Por lo visto, la actividad de Okamoto fue muy intensa, una vez que tuvo claro el perfil de Hanshichi y de su entorno. A pesar de que en esa misma época tenía compromisos que atender en el periódico *Jiji Shinpō* y en el *Kokumin Shinbun*, en pocos meses tuvo terminadas las tres o cuatro primeras narraciones, de las cuales se encargó de publicar la revista del Círculo de Literatura.

No solamente en su carácter y en la sociedad que le rodea se diferencia Hanshichi del detective inglés: para resolver sus casos, en vez de practicar la deducción racional, se deja llevar por repentinas intuiciones y, muy frecuentemente, saca de pronto una pista nueva que el lector desconoce, solucionando el caso de manera muy sorprendente. Su lenguaje es muy llano, hablando en *beranmē*, el dialecto típico de los naturales de Edo, ya que Hanshichi, según se describe, nace en 1823, en el centro de esa ciudad. El autor nos refiere que su padre trabajaba en un establecimiento mayorista que comerciaba con el algodón, pero fallece cuando nuestro héroe apenas tenía trece años, dejándolos huérfanos a él y a su hermanita Okume. La madre de ambos se las arregla para sacarlos adelante, pero el muchacho se siente excesivamente atraído por las diversiones y no muestra ninguna intención de seguir la ocupación de su padre. Después de una etapa durante la cual causa no pocos disgustos a su progenitora, llegando incluso a escapar de su casa, el joven díscolo conoce por casualidad a Kichigorō, un *okappiki* o típico detective de Edo, quien tiene varios subalternos a su servicio y de esta forma nuestro protagonista pasa a colaborar con él como aprendiz, ganándose la confianza de su maestro y, al fallecer este repentinamente, acaba por heredarle en el cargo y paralelamente, contrae matrimonio con la hija de su maestro, tal como había ordenado este por escrito en su testamento.

Una vez que se hace cargo de los asuntos de su mentor, se instala en la barriada de Mikawachō, en el distrito de Kanda, colindante, por un lado, con la zona destinada a las residencias de los samurais y, por otro, con los barrios populares de los pequeños comerciantes y artesanos de la ciudad. Así, Hanshichi se encuentra en el medio de dos formas de vida: muchos de los casos que se refieren aquí se desarrollan en el área de Shitaya, al norte de donde él mismo reside; en el lado opuesto del río Kanda, y también al sur del estanque de Shinobazu, en el distrito de Ueno. Aquí precisamente habita su hermana, quien es maestra de baladas de estilo Tokiwazu con acompañamiento de shamisen, un cántico del teatro Kabuki. Así mismo, sus correrías le llevan a veces por los alrededores de Nihonbashi y Kyōbashi, hasta la zona de Ginza y, frecuentemente, visita a su jefe actual, el inspector jefe Makihara, en su residencia de Hatchōbori. En la época en la que cuenta sus aventuras, ya está retirado y reside en Akasaka, un distrito de nivel más elevado, al suroeste de la ciudad, cercano al castillo de Edo. Por lo que se nos dice, ha quedado viudo y vive solo, atendido por una sirvienta fiel, y en buenas relaciones con su único hijo que, en alguna narración, aparece como dentista.

UN DETECTIVE NOSTÁLGICO ENTRE FANTASMAS Y SAMURAIS

En esa primera narración ya mencionada, *El fantasma de Ofumi* desarrollada en 1864, antes de la caída del gobierno Tokugawa, se nos presenta a Hanshichi por primera vez, quien entonces tiene cuarenta y un años. El narrador es un joven periodista que cuenta solamente diez años de edad cuando un tío suyo le cuenta un suceso muy extraño, relacionado con un fantasma, en el que se vio envuelto en el pasado, habiendo tenido entonces su primera oportunidad de conocer de cerca la labor de Hanshichi. Gracias a su

ayuda pudo darse una solución final al caso; aunque el detective prefirió mantenerse entonces en la sombra, para que pareciera que todo lo había llevado a cabo el tío del muchacho. Aquí se nos muestra cómo el sabueso hace gala de un conocimiento muy profundo de la psicología de los habitantes de Edo, independientemente de su clase social, así como de las circunstancias que rodean a los personajes que aparecen en el relato.

A partir de esta primera aventura, el resto se desarrolla con unas pautas más o menos fijas: aquel muchacho de diez años, ya convertido en adulto y de profesión periodista, refiere lo que Hanshichi le va contando en sucesivos encuentros, muchos de ellos motivados por sus visitas a la residencia del detective en Akasaka, en ocasión de fiestas determinadas a lo largo del año: Por eso, es habitual que el anciano haga referencia al pasado, tanto en la forma de las celebraciones populares como en el aspecto de la ciudad y en las características de sus habitantes. Al comienzo o al final de muchos de sus relatos aprovecha para lamentarse del paso del tiempo y de los cambios que no han resultado, sin embargo, beneficiosos ni para la ciudad ni para quienes en ella residen.

En cuanto a los personajes que se describen en los relatos de Hanshichi, son tanto samurais de alto y de bajo rango y sus esposas, funcionarios públicos, vasallos, monjes (algunos, de comportamiento poco edificante), pequeños y grandes comerciantes, artesanos, vigilantes de la ciudad, artistas y titiriteros; dueñas y servidoras de casas de té, mujeres de vida alegre, granujas adictos al juego... En el otro lado, se sitúan las criaturas fantásticas a las que Hanshichi intenta no dar importancia, intentando siempre encontrar una explicación racional para el caso que lleva entre manos. No obstante, tampoco los rechaza abiertamente y la presencia constante de esos elementos del mundo sobrenatural en las conversaciones de los personajes resulta muy in-

terésante e ilustrativa, acerca de las creencias populares en la Era Edo.

En varios de los relatos se describe lo que era la vida cotidiana de los samurais en aquella época. Por un lado, estaban los llamados *hatamoto*, quienes tenían derecho a audiencia directa con el shōgun, gozando además de un estipendio elevado y de otros privilegios. Por otra parte, estaban los que se conocían como *gokenin*, que no tenían derecho a entrevistas directas con los Tokugawa y cuyos ingresos y privilegios eran sensiblemente más reducidos que los de los anteriores. Además, estaban quienes servían a estas familias y residían en el ala de vasallos de la mansión.

Okamoto nos muestra las tensiones tan frecuentes que se producían entre un tipo de samurais y otros; su forma de vida entonces, dedicada a la burocracia y al servicio público y no a la vida militar; los chascarrillos que circulaban entre sus sirvientes y las tensiones que se producían con frecuencia entre ellos. El escritor, por boca de Hanshichi, refiere también lo que significaba no ser el hijo mayor en aquella época anterior a la Restauración Meiji. Frecuentemente, los «segundones» debían resignarse a vivir a la sombra de sus hermanos mayores, quienes eran jefes de la rama principal de la familia. Aunque tuvieran trabajo, este era gris, de escasa relevancia o baja categoría y, lo que resultaba peor, disponían de excesivo tiempo libre lo que llevaba a muchos de ellos a convertirse en jugadores empedernidos, excesivamente aficionados al sake y a la vida ociosa.

La vida cotidiana de los artesanos y comerciantes de Edo se ve reflejada a menudo en las aventuras del detective, así como las relaciones con sus clientes, la organización vecinal y los lazos comunitarios, propios de la época moderna del feudalismo japonés, quedan retratadas en varias de las narraciones. Resulta de especial interés el sistema de alarma de incendios y los turnos de guardia, que no solamente correspondían a los vigilantes: los habitantes de los barrios tenían un papel muy activo en su prevención y ayu-

da en caso de que se desatara un fuego. Hay que tener en cuenta que todas las edificaciones eran entonces de madera y, si una casa ardía, enseguida se propagaba alrededor.

Capítulo aparte merece la alusión constante al Kabuki y a sus obras más famosas, que sirven de base para situar el tema, o el período en el que se desarrolla la aventura de turno narrada por Hanshichi. Queda para otro volumen en el que se continúen las andanzas del famoso detective, un análisis de su relación estrecha con el Kabuki.

Okamoto Kidō nos muestra un sabueso muy *sui generis*, típico producto de una sociedad a punto de desaparecer, y enfoca en sus relatos la forma de vida de los habitantes en Edo componiendo un mosaico de alto interés antropológico, cultural e histórico, muy superior, a mi entender, a otros escritos de detectives existentes.

UN NOMBRE PARA LA POSTERIDAD

Al parecer, el autor reflexionó mucho antes de decidirse por el nombre que iba a darle a su personaje. Aunque podría ser algo casual, teniendo en cuenta la afición de Okamoto Kidō por el Kabuki y el Jōruri (teatro de marionetas), es posible que se basara en un personaje teatral^[1]: existen varias versiones basadas en la historia real sobre el joven Akenaya Hanshichi, hijo de un acaudalado comerciante de sake, y de su enamorada, la geisha Minoya Sankatsu, que cometieron suicidio (*shinjū*), al tratarse el suyo de un amor imposible, en el cementerio de un templo de Osaka, en 1695. Poco después del suceso, se escribió una obra de Jōruri para el teatro de marionetas Bunraku, titulada *Akane no iroage* que permaneció casi seis meses en cartel. En el siglo XVIII se hicieron diversas versiones para el Kabuki, siendo una de las más conocidas *Hade sugata onna maiginu*, que fue una de las obras más populares a lo largo de todo el siglo XIX.

Existe también otro dato interesante en cuanto a la elección del nombre del personaje: a finales de 1838, un intelectual llamado Takano Chōei, especializado en estudios holandeses que en esa época constituían la única puerta a Europa y Occidente en Japón, escribió un libro en el que vertía duras críticas al gobierno Tokugawa y a su política, por lo que fue arrestado y recluido en prisión en 1839, de la que escapó en 1845. El policía encargado de dar con él y arrestarlo se llamaba Maruya Hanshichi, aunque el disidente decidió suicidarse en Aoyama, antes de ser apresado. Este suceso sirvió de base al escritor Kawatake Mokuami para escribir, en 1886, una obra de Kabuki titulada *Yume monogatari rosei no sugatae*, estrenada en el Meiji-za y que sin duda Okamoto Kidō presencié cuando tenía catorce años. En la época en la que se representó la obra, el detective Maruya Hanshichi vivía, ya retirado en Akasaka, el mismo barrio en el que, precisamente, vive el personaje de ficción de Okamoto. A este efecto, cuando se preguntaba al escritor qué le había inspirado para crear su personaje, comentaba que, cuando era periodista, conoció a un típico habitante de Edo, ya retirado, quien, aparte de referirle aspectos muy curiosos y ya desaparecidos de la antigua ciudad, le contaba las aventuras de un amigo policía durante la época anterior a Meiji.

Sea como sea, el nombre de Hanshichi, que se escribe en japonés con dos signos y con un total de siete trazos, permanecerá siempre como uno de los más famosos dentro de la literatura popular japonesa, símbolo pionero del detective premoderno, sin haber perdido aún ese aroma todavía feudal en sus aventuras, rodeado de fantasmas, artesanos, pequeños comerciantes, cortesanas y samurais.

BIBLIOGRAFÍA